

SEÑALES DE IDENTIDAD DE UN POLÍTICO CRISTIANO

El P. Campbell, provincial de los jesuitas, con más de 25 en el tercer mundo y en concreto en América latina, fue invitado a hablar en la conferencia del partido conservador británico sobre el tema "Cristiandad y conservadurismo". He aquí una condensación de su conferencia.

Can a Conservative be a Christian ?, The Month, 21 (1988) 996-1000

Evidentemente, la respuesta a la pregunta de si un "conservador" puede ser cristiano es afirmativa. Con todo, hay que defender igualmente que la iglesia sostiene unas exigencias y principios morales que son irrenunciables para todo partido que quiera ser tenido por fiel a la ley divina y a las enseñanzas de Cristo. Estos principios pueden ser múltiples. Aquí solamente se indicarán tres, a los que todo cristiano conservador u hombre político debería prestar especial atención.

1. Importancia de lo religioso

El hecho religioso es de suma importancia para los políticos y no puede existir divorcio total entre religión y política. Lo cual no significa, evidentemente, que la iglesia o sus líderes tengan que dirigir los partidos políticos o dogmatizar en temas puramente seculares o técnicos, para los que, posiblemente, estén poco capacitados. Excepto en casos extremos y gravísimos, los sacerdotes no deben suplantar a los políticos, ni la iglesia ha de optar por un determinado partido. Lo cual no significa que la iglesia se recluya en la sacristía y que predique una espiritualidad descarnada.

La iglesia no sólo tiene el derecho y el deber de hablar claramente contra toda injusticia y toda transgresión de la ley moral, sino que ha de hacerlo sea cual fuere el gobierno o el partido político en el poder. Este es su papel profético, heredado de los profetas del antiguo testamento y de Jesucristo, que denunció los males de su tiempo y a sus responsables con palabras extremadamente duras, actitud que le llevó al patíbulo. Afortunadamente existen todavía hoy líderes capaces de seguir sus pasos.

Los laicos son los que están llamados a infundir su fe en las opciones y actividades políticas para establecer los cimientos del reino de Dios en este mundo. La política es "una forma, no exclusiva, de vivir el compromiso cristiano como un servicio a los demás" (Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, 46). De lo que se deduce que no se debería entrar en la política para provecho propio o ambición personal, sino para "infundir -para citar de nuevo a Pablo VI- el espíritu cristiano en la mentalidad, costumbres, leyes y estructuras de la comunidad" (48). Esto presupone un compromiso contra la injusticia social, compromiso que es una dimensión esencial de la predicación del evangelio. El cristianismo "significa" redención espiritual "y" reforma social. Hoy no pueden separarse. Todo esto plantea materia de reflexión a los políticos: ¿Por qué soy político? ¿Qué intento sacar de ello?

2. El hombre es un ser social

No se construye el reino de Dios en solitario. El hombre es un ser social, nacido para vivir en sociedad. Dios no es un ser individual, sino que forma una sociedad de personas. Dios posee una naturaleza difusiva de sí misma, para que los demás participen de ella. Por eso, la única definición adecuada es la de san Juan: "Dios es amor", es decir, la entrega total de sí mismo a los demás. Nuestra meta última en la vida es aprender a amar, darnos a los demás, romper nuestro individualismo y construir la sociedad.

El primer deber cristiano, por tanto, no ha de ser el propio interés, por muy noble que éste sea. Hemos de ser "hombres para los demás". Esta es la gran paradoja de nuestro ser. No podemos desarrollar nuestra personalidad más que olvidándonos de nosotros mismos y dándonos a los demás. Y de forma inversa, si nos queremos apropiarnos de todo en beneficio propio, vamos cerrándonos sobre nosotros mismos y acabamos prisioneros de nuestro ser, desgraciados y empobrecidos. Por eso Jesús dice que es mejor dar que recibir.

Durante siglos la dimensión social del cristianismo se oscureció y llegó a desaparecer a causa de la filosofía individualista de Hobbes, Hume, Kant y los teólogos protestantes del siglo pasado. La Reforma, la Ilustración, el Racionalismo y el Liberalismo son concreciones de un individualismo que influyó en todas las disciplinas del pensamiento. Todavía hoy subsiste este individualismo con la filosofía del "New Right". La libertad del individuo, en su sentido negativo de no coerción, es considerado como el valor que determina toda política social. Este individualismo ha influido no sólo en la política, sino también en la fe y la práctica cristiana.

Hoy se ha redescubierto la dimensión social del cristianismo con una vuelta a las primeras fuentes. Para Lucas, los primeros cristianos tenían un solo corazón y una sola alma y poseían todos sus bienes en común (Hch 4,34). A los católicos, el Vaticano II nos ha enseñado, de nuevo, que somos custodios de nuestros hermanos, que la fe es "esencialmente social, no sólo en sus aplicaciones externas, sino, primariamente y sobre todo, en el núcleo de su misterio, en la esencia de su dogma" (Henri de Lubac, *Catholicism*, p. XV). Nuestro concepto de pecado se ha extendido al mal social e institucional. Por consiguiente, todo credo político inspirado en la fe cristiana ha de poner su acento en la comunidad. Es un error proclamar que el individuo es todo lo que importa y que la comunidad es sólo una abstracción. Por importante que sea la responsabilidad individual, no es suficiente. Formamos una totalidad orgánica en la que lo colectivo es más que la suma de sus partes. La responsabilidad y la libertad individual son valores que todo cristiano ha de defender. Pero no son valores absolutos y han de estar siempre subordinados al bien común. Porque la libertad ilimitada de algunos desemboca fácilmente en la esclavitud de otros, especialmente cuando se dan grandes desigualdades en la sociedad. Hablando un lenguaje cristiano, es evidente que los que detectan el poder han de tomar medidas para evitar que esto suceda. No puede haber verdadera justicia en un sistema que considera el provecho como la llave que incentiva el progreso económico, la competitividad como la suprema ley de la economía y la posesión privada de los medios de producción como un absoluto e ilimitado derecho no sujeto a ninguna obligación social (cfr. *Populorum Progressio*, 26).

Es ilusorio pensar que los ricos se desprenderán de sus bienes en favor de los pobres movidos por la bondad y la misericordia. Como muestra la experiencia, se da lo

contrario. Un desarrollo económico no regulado lleva invariablemente a la aparición de una pequeña élite de ricos que mantienen su poder por la fuerza y la coerción. Dentro de cada país, lo mismo que en las relaciones internacionales, las llamadas "fuerzas libres" del mercado conducen automáticamente a hacer más rico al rico y al pobre más pobre.

Por tanto, el estado tiene el deber de regular la sociedad de forma que todos puedan gozar de sus beneficios. El verdadero desarrollo no es sólo para toda la persona - espiritual, material, cultural, etc.- Sino también para todo el pueblo. Y la autoridad tiene el deber de intervenir siempre que existan grupos excluidos de participar en el desarrollo. Es erróneo sostener que la iglesia defiende la propiedad privada como derecho absoluto. El único derecho absoluto es la utilidad universal de todas las cosas creadas y, consecuentemente, el derecho de cada individuo de poseer lo que le es necesario. El deber más importante para un estado cristiano es, por tanto, asegurar que este derecho pueda ser ejercitado por todos.

Ningún estado es perfecto. Pero en nuestro complejo mundo actual, es necesario que el estado intervenga decididamente a fin de asegurar que la prosperidad llegue a todos, que exista una real igualdad de oportunidades y que nadie esté excluido del ejercicio de los derechos humanos básicos. Todos tienen este derecho.

3. La opción por los pobres

Tal derecho se puede llevar a la práctica con la opción preferencial por los pobres. Es decir, que en nuestras acciones políticas demos una especial preferencia a los intereses de los más pobres y desprotegidos. Opción no exclusiva, sino preferencial. No se abandona a los ricos. Se les relega a un segundo plano. Y aquí hay que preguntarse: ¿quiénes son los pobres? Primeramente, y por encima de todo, los materialmente pobres, los que no tienen lo suficiente para comer, vestirse o cobijarse de forma adecuada a su dignidad de seres humanos. Y, en segundo lugar, todos los grupos y todos los individuos marginados u oprimidos por cuestión de raza, sexo o credo religioso.

Un gobierno o un estado cristiano es el que da preferencia a estos grupos. En todo el antiguo testamento, Dios siempre defiende a los marginados. Y en el nuevo testamento, Jesús no sólo afirma que el fin de su misión es el anuncio de la buena nueva a los pobres y la liberación de los cautivos, sino que él da un maravilloso ejemplo de su opción dando su propia vida. Mientras la iglesia se mantuvo fiel a esta doctrina siguió el ejemplo de Jesús. Desgraciadamente no siempre ha sido así. Con no poca frecuencia se ha aliado con los ricos y poderosos, oprimiendo a los pobres más que trabajando por su liberación.

Son éstas, palabras duras. La frase "preferente opción por los pobres" suena a teología de la liberación, buena para América latina pero no para nuestro país de los años ochenta. Pero Juan Pablo II ilumina y avala esta opción diciendo que "...es una forma especial del ejercicio de la caridad cristiana... que afecta la vida de todo cristiano... que se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, por tanto, a nuestra manera de vivir... a la propiedad y al uso de los bienes". Y acaba el papa comparando a los que cierran los ojos a esta realidad con el rico de la parábola de Lázaro (*Sollicitudo rei socialis*, 42).

Dos cosas llaman la atención en nuestra comunidad: 1) una prosperidad sin precedentes, y 2) la creciente separación, personal y regional, entre los que se aprovechan de esta prosperidad y los que están excluidos de ella. Si bien es cierto que no se da aquí la pobreza del tercer mundo, existe un rasgo común: el creciente abismo entre los que tienen y los que carecen. Sería este el momento de aducir estadísticas, pero baste decir que durante los últimos años está claro que los ricos son más ricos y los pobres más pobres.

Si es cierto que el abismo entre los que tienen y los que no tienen se ha agrandado, aunque los pobres y marginados hayan mejorado, no se ve cómo se pueda decir que los políticos que dirigen la economía sean cristianos auténticos. Los cristianos nunca han sostenido la absoluta igualdad, pero creen que una sociedad en la que existen grupos marginados, cada día más numerosos, es una sociedad pecadora que exige cambios reales. Lo que se puede aplicar también al orden internacional. Aunque nuestro *status* está en declive, aún pertenecemos al pequeño y privilegiado grupo de naciones industrializadas que se benefician de las estructuras del comercio y de las finanzas a expensas de los países más pobres del tercer mundo. De nuevo hay que decir que sin una actuación a escala internacional, las naciones ricas serán cada vez más ricas y las pobres cada vez más pobres, agobiadas por una deuda externa creciente que nunca podrá ser cancelada y de la que no son responsables sus ciudadanos. El trasvase de capitales del tercer al primer mundo es uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo.

Una política cristiana hacia las naciones más pobres ha de esforzarse por corregir estas injusticias y procurar dar algún respiro a estos países. ¿Qué hacemos para paliar la deuda internacional que obliga a los gobiernos a condenar al hambre a sus ciudadanos para poder pagar los intereses? La ONU pidió el uno por ciento de la renta nacional, pero nuestra respuesta ha sido inferior y cada vez está bajando más. Cuanto mas ricos somos menos generosos nos mostramos.

Para terminar, tres principios que pueden ayudar en esta opción preferencial por los pobres en nuestro modo de gobernar:

1. Las necesidades de los pobres tienen prioridad respecto a las de los ricos.
2. La libertad de los débiles tiene prioridad respecto a la de los ricos.
3. La participación de los grupos marginados tiene prioridad respecto al mantenimiento de un orden que los excluya.

Principios radicales y que algunos desearán. Pero son esencialmente cristianos y traducen a nuestro tiempo las palabras de Jesús. Pero este reto requiere una conversión de corazón y un cambio de actitudes.

Conversión que no es un proceso agradable. Es, en un análisis último, una gracia de Dios. Pero existen algunos pasos que hay que dar. Como ver el mundo con los ojos de los pobres. Cosa que no conseguiremos a menos que hagamos el esfuerzo de participar en su vida y su lucha. Y aunque suene a cosa idílica, el primer paso debería ser dar parte de nuestro tiempo de vacaciones viviendo con ellos. No para ayudarles, sino para observar, oír, aprender. Experiencia enriquecedora, capaz de convencernos de la

preferencial opción por los pobres, exigida no sólo por ser cristianos, sino por motivos de estricta justicia.

Si tenemos el coraje de llevarlo a término, de aprender de los marginados y traducir lo aprendido en concretas decisiones políticas, entonces podremos decir que "es posible" ser conservador y "buen" cristiano.

Tradujo y extractó: EDUARDO PASCUAL